

el manejo de los negocios; de una imaginación ardiente y hasta desordenada, que impensadamente se eleva, del lenguaje sencillo é ingenuo del marino á las más felices inspiraciones poéticas, reflejando en él, por decirlo así, cuanto la Edad Media produce de raro y sublime á la vez.

---

---

---

#### IV.

Opiniones de los antiguos sobre la geografía física del globo y manera de figurarla.

En el *Apéndice* á esta obra publicaremos los textos citados en los escritos de Colón y que por confesión propia influyeron en su empresa. Creo que su reunión tendrá además otro interés: el de aclarar la historia de la geografía en general.

Es curiosísimo reunir y comparar las opiniones que los antiguos se habían formado de la posibilidad de comunicaciones entre las extremidades opuestas de la tierra habitada, como de la existencia de algunas otras masas continentales separadas de ella. Estas opiniones fueron transmitiéndose en no interrumpida serie al través de la Edad Media.

Desde los *Orígenes* de Isidoro de Sevilla hasta la *Margarita filosófica* de Jorge Reisch, prior del convento de los Cartujos de Friburgo, libro que tan grande influencia ejerció en el estado de los conocimientos en el

siglo xvi (1) y cuyo nombre está hoy casi olvidado; los hombres más célebres, Vicente de Beauvais (Vincentius Bellovacensis, autor del *Speculum majus*), Juan Salisbury (Joannes parvus Sarisberiensis), Roger Bacon y Pedro d'Ailly tomaron de Aristóteles, de Plinio, desgraciadamente más conocido que Strabón, y de Séneca lo que se relaciona con la cosmografía y la física del globo. Por esta continua filiación, las indicadas ideas se conservaron y dominaron los ánimos cuando el ardiente deseo de las empresas marítimas sucedió al no menos ardiente de las largas peregrinaciones por el interior de las tierras.

Al llegar á las cuestiones que ofrecen importancia é interesan á los estudios filológicos, no puedo pasar en silencio lo que pertenece menos á la descripción del mundo real que al ciclo de la *geografía mítica*.

Sucede al espacio lo mismo que al tiempo. No se puede tratar la historia bajo un punto de vista filosófico, dejando en completo olvido los tiempos heroicos. Los mitos de los pueblos, mezclados á la historia y á la geografía, no pertenecen por completo al mundo ideal; si uno de sus rasgos distintivos es la vaguedad; si el simbolo cubre en ellos la realidad con un velo más ó menos espeso, los mitos, íntimamente ligados entre sí, revelan, sin embargo, la raíz de las primeras nociones cosmográficas y físicas.

(1) Prueba esta influencia la rapidez con que se repitieron las ediciones de la Enciclopedia de Reisch en los primeros veinte años. Me he valido de la edición de 1503, que Panzer y Ebert consideran la más antigua; pero después demostraré que esta obra fué escrita antes de 1496.

Los hechos de la historia y de la geografía primitivas no son sólo ficciones ingeniosas, puesto que reflejan las opiniones formadas acerca del mundo real. El gran continente más allá del Mar Cronieno y esa Atlántida de Solón que preocupaba á los contemporáneos de Cristóbal Colón, jamás tuvieron la realidad local que se les asigna; ¿pero es preciso, por ello, considerarlos *sentina fabularum* y desdeñar como á los Cabiros, los misterios samotracios y cuanto se refiere á las primeras formas de creencias, relativas á los cultos, lo que atañe á la configuración del globo y á la filiación de los pueblos y de las lenguas, creencias que son el producto instintivo de la inteligencia humana?

La idea de la probable existencia de una masa de tierra separada de la que habitamos por vasta extensión de mares, debió ocurrir desde los tiempos más remotos. Es tan natural al hombre franquear con la imaginación los límites del espacio y soñar la existencia de algo más allá del horizonte oceánico, que aun en los tiempos en que se creía la tierra un disco de superficie plana ó ligeramente cóncava, podía imaginarse que más allá de la cintura del Océano homérico existía alguna otra habitación de hombres, otra *οικουμένη*, el *Lokaloka* de los mitos indios, anillo de montañas situado más allá del séptimo mar.

Este concepto debía tomar más desarrollo conforme se iba extendiendo la navegación al Oeste de las columnas de Briareo ó de Ægænon, multiplicándose los *cuentos de los viajeros fenicios*; y cuando se pudo formar alguna idea de los contornos, ó, mejor dicho, de la forma limitada de nuestra masa continental. La *gran tierra* situada hacia el Noroeste, que, como Meropis, está in-

dicada en los fragmentos de Theopompo y como *contingente croniano* en dos pasajes de Plutarco que después examinaremos, corresponde á una serie de mitos que, á pesar de los sarcasmos poco ingeniosos de los Padres de la Iglesia (1), es de remota antigüedad en la esfera de las opiniones helénicas, como todo lo que se relaciona con Sileno, adivino y personaje cosmogónico, ó á ese imperio de los Titanes y de Saturno, progresivamente rechazado hacia el Oeste y Noroeste (2).

El mito de la Atlántida ó de un gran continente occidental, aunque no se le crea importado de Egipto y sí debido exclusivamente al genio poético de Solón, data por lo menos del siglo VI antes de nuestra era. Cuando la hipótesis de la esfericidad de la tierra, producto de la escuela de los Pitagóricos llegó á extenderse y á apoderarse de los ánimos, las discusiones sobre las zonas habitables y la probabilidad de la existencia de otras tierras cuyo clima era igual al nuestro en paralelos heterónimos y en estaciones opuestas, convirtiéronse en materia de un capítulo indispensable en todo tratado de la esfera ó de cosmografía.

Los que como Polibio y Eratóstenes no habían observado que la elevación de las tierras, el decrecimiento de la marcha aparente del sol al aproximarse á los trópicos y el alejamiento de dos pasos del sol por el zenit de la

(1) TERTULIANO, *De Pallio*, cap. II. «Viderit Anaximander si plures (mundos) putat: viderit si quis uspiam alius ad Meropas, ut Silenus penes aures Midæ blatit, aptas sane grandioribus fabulis, &c. (Véase también *Tertuliano, adversus Hermog.* cap. XXV). «Silenum illum *de alio orbe* abseverantem.»

(2) Según Theopompo, el mismo Saturno es entre los occidentales una encarnación del invierno.

localidad, hacían la zona ecuatorial y el Ecuador mismo menos cálidos que las regiones más próximas á los trópicos, sumergían, por efecto de una corriente ecuatorial, esta parte de la superficie del globo, que, quemada por el sol, no la creían en manera alguna á propósito para ser habitada.

Propagaron principalmente esta cuestión el estoico Cleanthes y el gramático Cratés. Refutóla Gemino, pero reapareció con gran crédito á principios del siglo V en la teoría de las impulsiones oceánicas que Macrobio expuso como una explicación del flujo y reflujo del mar. Mas allá de este brazo del Océano ecuatorial que atraviesa la zona tórrida, más allá de nuestra masa de tierras continentales, extendidas en forma de *clamyde* y aisladas en una parte del hemisferio boreal, suponíase la existencia de otras masas de tierras, en las cuales se repiten los mismos fenómenos climáticos que observamos en las nuestras. No parecía probable que la gran porción de la superficie del globo no ocupada por nuestro *οἰκουμένη* estuviera toda cubierta de agua. Ideas de equilibrio y simetría cuya falsa aplicación han producido, hasta en tiempos modernos, muchas ilusiones geográficas, oponíanse, al parecer, á ello.

Bajo la influencia de estas ideas empezaron á aparecer grupos aislados de continentes en el hemisferio opuesto, indicados por Aristóteles y su escuela (*Meteorologica*, II, 5; *De Mundo*, cap. III); los dos pueblos etíopes de Cratés, uno de los cuales habitaba al Sud del brazo de mar ecuatorial; el *otro mundo* de Strabón; el *alter orbis* de Pomponio Mea; una verdadera tierra austral (1); las

(1) «Quod si est *alter orbis* suntque oppositi nobis á meridie

dos zonas (*cinguli*) habitables (1) de Cicerón (*Somn. Scip.*, cap VI), una de las cuales es la de nuestros antipodas insulares; en fin, la tierra *quadriídea* ó las *quatuor habitationes vel insulæ* (cuatro masas de tierra separadas entre sí) de Macrobio (*Comm. in Somn. Scip.*, II, 9).

En el sistema pitagórico de Philolao, conforme al cual el sol es un inmenso *reflector* que recibe la luz de un cuerpo central (Hestia), la tierra y el Antichthon de Hicetas de Siracusa (Nicetas, según algunos manuscritos de Cicerón, *Academ. Quæst.*, VI, 39; Ecetes, según Plutarco, *de Plac. Phil.*, III, 9), movíanse paralelamente conforme á su órbita común; pero el Antichthon era el

---

Antichthones; ne illud quidem á vero nimium abscesserit, in illis terris ortum amnen (Nilum) ubi subter maria cæco alveo penetraverit, in nostris rursus emergere et hac re solstitio accrescere, quod tunc hiems sit unde oritur.» (TZSCHUCKE, *ad Mel.*, vol. II, p. I, páginas 226 y 334). Lo de la oposición de la estación de las lluvias en el trópico de Cáncer y en el de Capricornio, es la teoría de los sacerdotes egipcios expuesta por Eudoxio (PLUTARCO, *De plac. phil.*, IV, 1). La hipótesis del Océano llenando la región ecuatorial, hacia indispensable el subterfugio del paso submarino del Nilo. Esta idea, adoptada por Philostorges en el siglo V para unirla á las ilusiones teológicas, no era opuesta á la física de los antiguos, que con el mayor atrevimiento suponían comunicaciones fluviales entre el Peloponeso y Sicilia; y Cosmas Indicopleustes hace también que nazcan los cuatro ríos del Paraíso en su continente *transoceánico*, y lleguen por canales subterráneos á nuestra tierra habitada.

(1) «Duo (*cinguli*) sunt habitabiles; quorum australis ille, in quo qui insistent, adversa nobis urgent vestigia, nihil ad vestrum genus. Hic autem alter subjectus Aquiloni, quem in colitis-parva quædam est insula, circumfusa illo mari quod Oceanum appellatis.» (CICER., *Opp. edit. Schutz*, t. XVI, p. II, página 98.)

hemisferio opuesto al nuestro, hemisferio que los geógrafos poblaban á su gusto (1).

He creído deber dar esta reseña general de las ideas que constantemente se han formado los hombres acerca de la existencia de *otro mundo* ó de continentes *transoceánicos* desde los tiempos más remotos. Los Padres de la Iglesia, de quienes el monje Cosmas fué intérprete, desfiguraron estos conceptos primitivos del modo más extraño, suponiendo una *terra ultra Oceanum* que encuadraba el paralelógramo de su mapa mundi. Viviendo la Edad Media sólo de recuerdos que suponía clásicos y sin fe en sus propios descubrimientos, si no creía encontrar en los antiguos indicios de ellos, estuvo hasta los tiempos de Colón agitada por todas las ilusiones cosmográficas de los siglos anteriores.

Al lado de esta tendencia tan natural, y por lo mismo tan general, de suponer muchas tierras habitadas que los mares separaban, encuéntrase otra no menos antigua: la de considerar las islas ó los puntos de tierras nuevamente descubiertos, como contiguos y formando parte de un gran continente. En esta última forma fueron representadas primeramente las Islas Británicas (Dión Cassio xxxix, 50; Flor., III, 10), y Ceylán (Trapobana ó Siedediv), «quæ Hipparcho (2) prima pars *Orbis alte-*

---

(1) «Antichtones alteram (terrae partem) non alteram incolimus.» (Mela, I, 1, 2). Ya hemos visto antes que estos Antichtones de Mela, habitantes del hemisferio austral, están separados de nuestra masa continental por el Océano, que cubre el centro de la zona tórrida.

(2) La cita de Hipparco resulta dudosa (TZSCHUCKE, *ad Mela*, vol. II, parte III, pág. 251) cuando se recuerda que más de ciento cincuenta años antes de Hipparco, en la expedición

*rius dicitur*» (Mela, III, 7, 7). Esta expresión tan característica de un *otro mundo*, encuéntrase en Plinio unida á la de *tierra de los antichtones* «*Trapobanen alterum orbem esse diu existimatum est, Antichthonum appellatione*». (Plin., VI, 22, § 24.)

La historia de los descubrimientos geográficos modernos nos muestra la misma inclinación á transformar, gracias á prolongaciones de contornos fantásticos y uniones imaginarias, los cabos de muchas islas y de vastos continentes. Hay más; la predilección por las ligaduras que acabamos de indicar en el trazado de los mapas, conduce á otro procedimiento, hallado lo mismo en Ptolomeo que en los geógrafos de nuestro siglo. Cuando las extremidades de las tierras que se han unido ó alineado en continentes se acercan á nuestros *οὐρανόν*, abandónase la hipótesis de los continentes separados y se les une á puntos antiguamente conocidos. De este modo Marin de Tyro y Ptolomeo transformaron el mar de la India en un mar cerrado ó mediterráneo. Imaginábase que la península transgángética, donde estaba situada Catigara (Caitogora, Edrisi, pág. 57), más allá del Sinus Magnus, en la extremidad oriental del Asia, se unía hacia el Oeste por medio de una *tierra incógnita* al promontorio Prasum (cabo Delgado), y á la costa africana de Azania (Ayan, el *Zingium* de Cosmas

macedónica, Onesicrito y Megasthenes habían reconocido Trabobana como isla (Strabón, XV, pág. 1.011; Alm. pág. 689 Cas.); opinión expresada hasta en el pseudo Aristóteles (*De Mundo*, cap. III), donde Trabobana, como isla, es comparada á Albión y á Jerne. El texto de MELA (III, 7 7), está probablemente corrompido, como lo prueban las siguientes palabras: *Sed quia habitatur.....*

Indicopleustes, Montfaucon, II, 132). Afortunadamente esta hipótesis de un mar cerrado, desconocido para Strabón, que rechaza todos los istmos desde el estrecho de Hércules hasta el mar Rojo, no estorbó ni detuvo los descubrimientos de los intrépidos navegantes del siglo XV, á pesar de que la falsa erudición ejercía en ellos más influencia de lo que generalmente se cree.

Por un procedimiento semejante, en el célebre mapa de América que Juan Ruysch añadió á la edición de la Geografía de Ptolomeo, publicada en Roma en 1508, encuéntrase, según la observación de Mr. Wallekenær, no sólo la Gruenlant (Groenlandia), sino también Terranova y los *Baccalauræ*, completamente separados de la América insular, es decir del *Mundus Novus*, de la Terra Sanctæ Crucis, y reunidos al continente septentrional de Asia (la tierra de Gog, las costas del Plisacus Sinus, y el país de Ergigai).

Separaciones idénticas, aunque mucho más atrevidas (1), porque unen todo el Canadá y la Florida al Asia boreal, y los separan de *Brasilia* (la América del

(1) JOANNIS SCHONERI Carolostadii. *Opusculum Geographicum* (40 páginas en 4.º) Noricæ, anno XXXIII (sic), lib. II, cap. 20. En cuanto á *Plisæus* (Plisacus) *Sinus* de Juan Ruysch, en el cual desemboca el *Policacus fluvius*, parece á primera vista reconocer en él algún rastro de geografía antigua; pero estos nombres son sencillamente alteraciones viciosas de *Pouli Sagam*, de Marco Polo, puente del río Sagan (el Sangkanho de los chinos), cerca de la ciudad de Khanbalon ó Tatu (KLAPROTH, *Tableaux historiques* n.º 22). Latinizando se ha convertido *Pulisangam* en *Pulistica*, y *Pulistica* en *Polisacus*. Mas adelante hablaré de los nombres de las ciudades comerciales de China, tal y como los altera Colón.

Sud) «extendida hacia Melacha (Malacca) y Zanzibar (costa é isla de Zanguebar, quizá la isla Akgia de los árabes)», reaparecen en 1533 en la cosmografía de Juan Schoner.

Posteriormente, Sebastián Munster, uno de los restauradores de las ciencias geográficas, une la Groenlandia á la Noruega, y aun en nuestros días, entre los meridianos del cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, hay de vez en cuando el capricho de reunir islas próximas al círculo polar antártico en grandes masas continentales.

## V.

Influencia de Pablo Toscanelli en los proyectos  
de Cristóbal Colón.

Sin negar la influencia que las opiniones y los testimonios de los antiguos han ejercido en el ánimo de Cristóbal Colón, no diremos, sin embargo, que el descubrimiento de América se debe á Pytheas (1), á Eratosthenes (2) ó á Posidonio (3). Colón, después de lograr su propósito, distingue con legítimo orgullo entre el mérito de la ejecución y el de los acertados presentimientos. Al llegar á Lisboa, de vuelta de su primer viaje, escribe (el 14 de Marzo de 1493) á su protector D. Luis Santángel, ministro de Hacienda por la corona de Aragón: «*Consecuti sumus que hactenus mortalium vires minime attigerant: nam si harum Insularum (India supra Gangem) quidpiam aliqui scripserunt aut locuti sunt, omnes*

(1) MANNERT, *Einleit. in die Geogr. der Alten.*, 1829, página 79.

(2) LUD IDELER, *Proleg. de Meteorologia Græcor. et Roman.*, 1832, pág. 6. El pasaje de Strabón, I, pág. 115 Alm., páginas 64 y 65 Cas., presenta, en efecto, una opinión de Eratóstenes y no de Pythéas, como pretende Mr. Mannert. Véase también RUHKOPF *ad Senecam*, t. V, pág. 11.

(3) STRABÓN, II, pág. 161 Alm., pág. 102 Cas.